

—Podemos ponerle tu mismo nombre: «Juan» —aventuró aun la mujer.
—¡Oh, no!—dijo Juan enseguida.—Mi nombre no. Lo meditaré, déjame pensar. ¡Caramba es una cuestión! ¡Lo veré! ¡Lo veré!
Y se fué tan enormemente preocupado que quiso fumarse el encendedor y guardarse el pitillo encendido.

Para un hombre como sería su hijo, a no dudar, cualquier nombre no era bueno. ¡Ni hablar! Podía ser un eminente doctor, un famoso diplomático, un exquisito novelista, un ministro ejemplar. ¡¡Cualquier nombre, no!!

¿Le podía poner Lupicinio a su hijo?
Pues, ¿y Sisebuto? ¿Podía ponerle Sisebuto?

¿Restituto?
¡Dios de Dios! Tenía que ser un nombre eufónico, aristocrático. Digno, ¡si señor! «digno».

Aquella noche soñó que el Santoral era una sierpe de hormigas negras que se le enroscaba al cuello y le hacían insoportables cosquillas. Algunas se le metieron por la boca y tanto le mordieron en los nervios que hubo de des-
pertar.

Fueron días crueles, inolvidables, de desesperante indecisión. Un barajar inquietante, de delirio.

¿Este? Bien, bien. Este... Pero ¿y este otro?

¿Rafael?... Pschs... ¿Y Horacio? ¿Qué tal Horacio?

¿Recaredo? ¡Oh, Recaredo...!

¿Venancio?

.....

La Historia, la Biblia, ¡qué se yo! Qué imponente batallar. Sus energías quedaron rotas, desmanteladas.

Al cabo, vióse a Juan y a su señora ante una urna de colosales dimensiones con cien mil nombres en cartulinitas.

Con toda solemnidad, con imponente y hierático ademán Juan sacó una ficha.

Decía: BONIFACIO.

RAMIRO GUTIERREZ SUITINO.

CONFESIONES DE UN OLFATEADOR FRACASADO

NUBE DE VERANO

Cuando salí aquella tarde de casa no fué faena rápida ni sencilla consumir integralmente el tránsito. ¿Cuántas incorrecciones cometí? Lo ignoro en este momento. Pero sí recuerdo mi apresuramiento y rubor ante la perorata escandalizada con que aquella señora se vengó de mi obstinación en hacerla salir de la acera; del gesto terrorífico de aquel otro señor respetable a quien dí un pisotón frenético; del horror que sentí al comprobar mi distraída indiferencia al paso de una de las personas a quienes debo más de un favor de los que no puede olvidar un buen nacido... Dios debió velar por mí, salvando mi automatismo, cuando, sin embargo, no fueron mayores mis deslices. Porque si con frecuencia mi desordenada actividad interior nubla la serenidad de la externa, hay días en que ello ocurre de una manera patológica, risible para algunos, pero para mi desagradable y molestísima. Tanto, tanto, que hasta temo por mi suerte siempre que escucho ejemplos de desgraciadas distracciones. Lo de aquel día sin embargo, fué algo insólito por sus proporciones. Voy a relatarlo venciendo el sonrojo que toda desnudez autobiográfica proporciona, porque a muchos quise hacer discípulos de una teoría desmesurada; y moralmente estoy obligado a relatarles mi experiencia rectificadora.

Sin que pueda localizar en el tiempo su nacimiento, ni en el espacio sus posibles causas ni principios, se me había ido instalando en la conciencia con caracteres obsesivos la idea de la importancia que para la conducta del hombre importan los resortes instintivos. ¿Reacción antirracionalista contra mi incapacidad de aprender todo el tinglado de una lógica mal estudiada? ¿O más bien respuesta inconsciente ante la mal tolerada preeminencia de un discípulo empollón? ¿O...? La cuestión es que me sentí de pronto enamorado de la teoría citada. Un día acoté en una de mis lecturas un encendido párrafo antirracionalista; otro escuché asombrado y traduje a humana vigencia y superación las enamoradas divulgaciones de un apicultor; otro discutí con escándalo de dos galenos y piadosas miradas de otros dos «profesionales», defendiendo la posibilidad del curanderismo, y hasta atreviéndome a asegurar que en un estadio de cultura tan próximo como seguro, volvería el hombre a guiarse por sus instintos. La idea, claro es, me iba ganando a medida que me esforzaba en dar consistencia y raigambre a lo que en el primer momento fué simple barrunto, sencillo y elemental olfateo. Por afán de confirmarla de vez en cuando me colocaba en aquella situación de espíritu que guardaba profunda analogía con la que «Tone» aquel pobre perro blanco familiar, compañero de tantas de mis horas vacías, adoptaba de momento ante el anticipo de sabe Dios qué estímulos distantes. Me veía interiormente abiertas las aletas de la afectividad, tensos los resortes de la espiritual sintonía, desmesurados y brillantes los ojos de la intuición. Y el caso es que con frecuencia ví confirmados mis presentimientos. Es muy seguro que mi atención y mi memoria me alucinaran en ocasiones y me hicie-

ran siempre aumentar el bulto de las comprobaciones ocurridas. El caso es que la experiencia reforzó el razonamiento y así llegué a extremos que desde mi posición actual comprendo tan erróneos como reprobables. Olfateaba —valga y conste la analogía— antes de adquirir la lotería del ciego de la misma manera que antes de decidirme a entrar a mi espectáculo; en los primeros momentos de una nueva relación social como antes de la adquisición de un traje nuevo, espiando siempre algún soplo interior que me adelantara la conveniencia o el peligro del suceso. Llegué hasta pensar me fuera factible olfatear el número del «gordo» y jugarme a él mis escasos ahorros de estudiante, si no rico, comedido...

Aquella tarde presenté un nublado espiritual parecido por su densidad y su color a aquel nubarrón plomizo que por el amplio ventanal del comedor veía rodar por el azul purísimo estremecido de pavor.

Pocas veces ha subido tan de punto mi inquietud y pocas tan negros han sido mis temores. Sin terminar bocado abandoné el comedor donde estuve ajeno a todo: a la cantidad y calidad de los platos; a las bromas y comentarios de mis camaradas, primero preocupados, luego indiferentes por costumbre ante mi «despiste»; al entremeloso y desenfadado palique de la pareja provinciana de recién casados, huéspedes ya por ocho días y objeto permanente de regocijados comentarios y picaresca atención; hasta de la mirada insinuante y la morbidez tentadora de aquella doncella coquetuela de cuyo favor habíame sido al parecer otorgado el turno.

Algo incoercible me disparó hacia mi cuarto, cerrado y hostil a todo, de punta y agresivos todos los procesos de relación de mi alma. ¡Un erizo auténtico! Quise reposar conforme a mi costumbre y conforme a ella escogí al azar uno de los libros de sobre la mesa revuelta y enciclopédica. Me salió «Dies irae», de Andreiev para acabar de confirmar mis presentimientos. Dejé de leer, cerré los ojos... Quise realizar mi frecuente ejercicio de disciplina del subconsciente, ahogando por el cuello cada idea nueva que intentara aflorar... Recordé el vuelo inquieto de los pájaros, las nubes de mosquitos, el silbido de las locomotoras, la ceniza pegada a las badilas... tantas y tantas cosas que presagian la tormenta... y me lancé a la calle. ¡Al cine, al cine! No tuve que deliberar para ello. Me parecía entonces—y no he cambiado de criterio—que el cine me produce el mismo bienestar espiritual que me produce la ducha fría. Si ésta apacigua mis nervios, a menudo desbocados y en desacuerdo, aquel apacigua mi desordenada y a ratos frenética actividad espiritual. Como llegué al cine no puedo describirlo, ni cuenta para mi propósito. Lo que sí puedo asegurar es que a las primeras escenas subió de punto la angustia de mis presentimientos, porque no era precisamente una película sentimentalona y delicuescente lo que yo necesitaba. Comencé a moverme entre inquieto y rabioso, dudando entre salir o afrontar el riesgo, y en uno de mis movimientos... ¡viví a la que dos años más tarde fué mi mujer y hoy es madre de media docena de angelitos que llevan mi sangre!.....

Desde entonces utilizo menos las aletas de mi olfato interior y espiritual.

SANTOS SÁNCHEZ-MARÍN.

YO SOY EL OTOÑO

Se había llamado su abuelo Juan Sánchez, su padre Juansánchez y él, Juánchez. Había jugado el pueblo con el nombre de los suyos estirándolo, aflojándolo, comprimiéndolo como si fuese un acordeón.

Juánchez marchó siendo un mozo de 19 años a tierras lejanas. Todos ponían en duda donde estuvo. La verdad era que había recorrido medio mundo y casi toda la Patria. Cuando regresó al pueblo tenía más de cincuenta años. Había traído mucho equipaje que poco a poco fué reduciéndolo en una alacena, único sitio que se reservó de su casa arrendada a dos familias igualmente sucias, holgazanas y miserables.

—Juánchez, mala costumbre trajiste, le decían.

—Pero encontré la caja,—contestaba.

—¿De quién era?.

—¡Mía...!

—¿Que tenía esa dichosa caja...?

—Le faltaba yo... y tenía el ángel mío.

—¡Ay Juánchez, tu ángel... ¿Cómo tiene las alas?

Y se iban riendo mientras la cara de Juánchez se llenaba de arrugas grandes que le daban cierto profundo dolor de monte seco y estéril. Cuando lejos veía a todos, cuando sabía que nadie podía oírle, se rezaba:

—En mis ojos. En mis ojos tengo la caja..., siempre en mis ojos. Para nido de mis ojos...

Desde el día que regresó al pueblo, Juánchez no había hecho otra cosa que beber. Era un borracho de plaza amplia, en las noches de niebla. En esas noches novembrinas en que el cielo hecho escarcha deshaciase en polvo que borraba caminos. Entonces le gustaba agarrarse a la farola central, se apoyaba en ella, la celebraba. Después comenzaba sus discursos, primero para sí, despacio, secreto, íntimo; luego iba creciéndose, como una sombra, como un llanto de perro, como una última despedida; y alzaba la voz ante la muchedumbre soñada a quien confiarle todo, para que con él doliese su dolor. Hablaba de una tierra lejana y caliente donde robó una caja que tenía su tesoro, una noche de otoño que muerta golondrina parecía. Una noche en la que todas las sombras se juntaron en concilio de nubes y murciélagos. Una noche de escultura...

—Juánchez, cállate!... Te pones hecho un loco... Estás demasiado borracho. ¡Márchate a casa!... ¡Pronto... Anda...!—le decía el sereno empujándole los hombros.

Y allá iba Juánchez con su cabeza vacía, los oídos llenos de soledades lejanas, con sus piernas de innumerables rodillas por las calles, como fondo de mar vaciado y desértico.

Llegaba Juánchez a casa cuando se notaba el filo de la navaja de la aurora y en el campo las copas de los árboles presentían la luz. Entraba en su alacena arrastrándose. Parecía más una fiera que un ser humano. El mismo lo decía: «algo de mono tengo cuando entro y algo de serpiente cuando busco el bálago para acostarme. La serpiente se come al mono». Por las mañanas, al